

## Las músicas del rey loco, un concierto para recordar

Ene 25, 2016

**Milagros Alféizar/N.D.ES.** Llevo un tiempo vagando por ahí. He visto musicales en Londres. He pasado una temporada con mi familia americana entre Nueva York y San Francisco. He escrito poco. Y de pronto vengo a Madrid a ver/escuchar *La flauta mágica* y me encuentro, así de paso, un concierto que se titula *Las músicas del rey loco*. El título me atrajo. Me documenté y vi ya de primeras un contraste: una primera parte con música de Händel y una segunda con una obra de un autor contemporáneo: *Eight Songs for a Mad King*, de Peter Maxwell Davies (1934). Con mi larga temporada en Londres tan cercana, me interesó aún más saber que la intrigante segunda parte suponía el estreno en Madrid de *Eight Songs for a Mad King*, de Maxwell Davies, monodrama inglés con iridiscencias del *Pierrot Lunaire* de Schoenberg y revisitaciones y citas directas de la música de Haendel. Indagué a ver quiénes eran los intérpretes y resultaron ser músicos de la Orquesta y Coro Nacionales de España, a los que ya conocía de otros conciertos, y un joven director que ya me había llamado la atención en otras ocasiones. Sería cosa de los astros que se conjugaron. No podía perdmelo. Le dije al director de este digital y amigo que me acompañara. No pudo, así que me fui sola. Mereció la pena, mereció culturalmente y musicalmente la pena. El concierto era suficiente causa para escribir, pero me estimuló más ver desde la tribuna a una pintora que en las primeras filas creaba arte pintando a los músicos en unas cartulinas con rotulador. En fin, lo que voy a relatar a continuación es lo que vi, escuché y sentí en este concierto del ciclo Satélites de la Orquesta y Coro Nacionales de España, que tuvo lugar en la Sala de Cámara del Auditorio Nacional el pasado 19 de enero. Fue un concierto de contrastes, donde la música antigua y contemporánea estaban magistralmente imbricadas. El programa tenía una coherencia y una línea argumental de gran fineza y efecto dramático, donde, además, se aprovecharon todos los recursos que la sala de cámara ofrecía (incluido el gran órgano), convirtiéndola en un espacio escénico y sonoro. Y digo escénico porque hubo mucho de representación. El programa de mano sintetizaba en un claro texto explicativo el contenido del concierto. Tras la primera parte, en la que se presentó un variado retrato musical de Händel, llegó la obra de Maxwell, en la que, como se escribe en notas no firmadas (una rareza más) "ese universo musical haendeliano se deforma y se derrite al calor del sarcasmo y el humor de un rey enfermo de locura, empeñado en enseñar canto a sus pájaros (con citas de Händel incluidas) y en tratar de discernir entre realidad y ensoñación". La escenografía, y las caracterizaciones de los músicos sirvieron para que el conjunto de la obra ganase en espectacularidad y como elemento para simbolizar las emociones contradictorias del rey loco. Conocía ya la altura profesional de los músicos, pero tras esta experiencia me reafirmo en su arte; y si algo ha puesto de manifiesto, al menos para mí, este concierto nº7 del ciclo Satélites, han sido las capacidades camaleónicas de los músicos de la ONE para poder abordar con éxito y respeto el repertorio barroco a la par que una obra contemporánea de la complejidad de las *Ocho canciones para un rey loco* de Maxwell Davies. Característica ésta que tuvo su reflejo y liderazgo en su director, **Javier Ulises Illán**, quien dirigió la primera parte barroca desde el violín y la segunda contemporánea como director propiamente dicho al frente de los músicos, y lo hizo con una técnica directoral certera y muy rica para proyectar los muy diversos efectos y timbres y combinarlos con los complejíssimos ritmos que conjugó la magnífica y sorprendente obra de Maxwell Davies. Especial mención hay que hacer al maravilloso trabajo actoral e interpretativo de **Francisco Santiago**, el cantante que enloqueció ante los ojos de un público atónito y que supo entrar en la atmósfera de ensoñación y sarcasmo de este monodrama inglés. El público se dejó seducir por el humor del rey Jorge III con sonoras carcajadas, supo captar la variedad de emociones que se trasmitían y enmudeció en el desconcertante momento en que el cantante-actor rompía con desesperación el violín que arrebató a la violinista. La vocalidad en la obra contemporánea de Davies era de una enorme exigencia con un verdadero repertorio de vocalizaciones distorsionadas, donde se sucedían pasajes atiplados en falsete, vociferaciones, aullidos, ladridos, cantos de pájaros y silbidos, bramidos, relinchos, gritos y jadeos que en todo momento fueron muy bien resueltos por el bajo. Todo este abanico de recursos vocales devolvieron la credibilidad a un cantante que no había navegado con la misma facilidad en las aguas haendelianas. En la primera parte fue el solista de violonchelos de la ONE, **Ángel Luis Quintana**, quien supuso el eje sonoro de un bajo continuo vivo y rico en líneas dinámicas. Todos los instrumentistas de cuerda utilizaron arcos barrocos y marcadas articulaciones historicistas. **Ana Llorens**, al violín, dibujó una *Trío sonata* de Händel con buenas maneras de la mano de un soberbio **José Sotorres**, que nos elevó con la hipnótica belleza del movimiento lento. **Daniel Oyarzábal** brilló especialmente en el concierto de órgano como solista, aunque su labor en el continuo fue vital y siempre hiló muy fino. Además el músico vasco hizo las veces de multinstrumentista dominando por igual el clave y órgano (algo desafinado por cierto) o el lenguaje deconstructivo y aleatorio de Maxwell Davies. Una vez resuelta la primera parte barroca, el percussionista **Rafael Gálvez** se incorporó tras un set de instrumentos tan variopinto como colorista y supo ilustrar de una manera precisa y eficaz los cambios de humor del rey loco e, incluso, participar en el drama como si fuera una suerte de macero real o soldado de la corte inglesa. **Carlos Casado** supo encontrar en el clarinete una riquísima gama de efectos, desde su swing jazzístico hasta esos magistrales sonidos indirectos de perfecta afinación. Todos los músicos vistieron una suerte de máscaras de animales y manejaron pájaros mecánicos durante uno de los números de Maxwell Davies, si bien fue Ángel Luis Quintana uno de los más entregados a la causa (aún recuerdo su formidable intervención y grito en aquel memorable concierto de la ONE con Tan Dun en la sala sinfónica). La labor del director Javier Ulises Illán se me antoja titánica en un concierto de estas características, donde supo integrarse con soltura y oficio entre los músicos, en la primera parte barroca, y a la vez concertar con maestría el monodrama contemporáneo del rey loco, demostrándonos su experiencia como director de ópera. Profesionales como él son los que necesitamos por estos lares, sin dejar que se nos escapen a tierras musicalmente más civilizadas. Aunque ya conocía la labor de Illán como director al frente de agrupaciones historicistas, me han seducido totalmente sus maneras y su liderazgo ante la música moderna. Su gesto es preciso e ilustrativo, técnico y, a la vez, apasionado, y su mirada en constante conexión con los músicos. Todo un descubrimiento su directo. Ganó, junto con el resto de músicos, una merecida y estruendosa ovación cargada de "bravos" y vítores. Sirva este texto también como una ampliación de mi aplauso. Son conciertos, como este del que escribo, los que nos recuerdan que la música está viva, y que, cuando ese sublime arte nos hace sentir vivos a nosotros mismos (y nos mueve y nos conmueve), es entonces cuando cobra sentido el compartirla y sentirla como propia. Vaya también el aplauso y el agradecimiento de esta correccaminos de la cultura para aquellas personas, programadores de la OCNE y músicos, que tuvieron la idea y permitieron que un momento tan singular sucediera.